

DAI

8006/NOV/9

7076711

10

TRESCIENTOS MILLONES

-Roberto Arlt

Pieza en un prólogo y tres actos.

Personajes

(por orden de aparición)

- | | |
|--------------------|------------------------|
| ROCAMBOLE | GRISELDA (Vieja 2ª) |
| HOMBRE CÚBICO | NIÑERA |
| REINA BIZANTINA | LACAYO |
| GALÁN | CENICENTA (Hija) |
| DEMONIO | COMPADRE VULCANO |
| SIRVIENTA | RUFÍAN HONRADO (Viejo) |
| MUERTE | PATRONA |
| MARINERO | GALANCITO |
| CAPITÁN | HIJO DE LA PATRONA |
| AZUCENA (Vieja 1ª) | Voces, etcétera |

Seminario Multidisciplinario
 José Emilio González
SMJEG
 Facultad de Humanidades
 UPR-RP

Mila Aponte González 801-96-0257

A MODO DE EXPLICACIÓN

Siendo reportero policial del diario *Crítica*, en el año 1927, una mañana del mes de septiembre tuve que hacer una crónica del suicidio de una sirvienta española, soltera, de veinte años de edad, que se mató arrojándose bajo las ruedas de un tranvía que pasaba frente a la puerta de la casa donde trabajaba, a las cinco de la madrugada.

Llegué al lugar del hecho cuando el cuerpo despedazado había sido retirado de allí. Posiblemente no le hubiera dado ninguna importancia al suceso (en aquella época veía cadáveres casi todos los días) si investigaciones que efectué posteriormente en la casa de la suicida no me hubieran proporcionado dos detalles singulares.

Me manifestó la dueña de casa que la noche en que la sirvienta maduró su suicidio, la criada no durmió.

Un examen ocular de la cama de la criada permitió establecer que la sirvienta no se había acostado, y se suponía con todo fundamento que pasó la noche sentada en su baúl de inmigrante. (Hacía un año que había llegado de España.) Al salir la criada a la calle para arrojarse bajo el tranvía se olvidó de apagar la luz.

La suma de estos detalles simples me produjo una impresión profunda.

Durante meses y meses caminé teniendo ante los ojos el espectáculo de una pobre muchacha triste que, sentada a la orilla de un baúl, en un cuartucho de

paredes encaladas, piensa en su destino sin esperanza al amarillo resplandor de una lamparita de veinticinco bujías.

De esa obsesión, que llegó a tener caracteres dolorosos, nació esta obra, que posiblemente nunca hubiera escrito de no haber mediado Leónidas Barletta.

Cuando Barletta organizó el Teatro del Pueblo me pidió que colaborara con él escribiendo una obra para su empresa, en la cual no creía nadie, incluso yo; pero a pesar de todo, un día me puse a trabajar en ella sin la menor esperanza de éxito.

El estreno, las representaciones (alcanzan a treinta) lo cual es un fenómeno en un teatro de arte como el de Barletta, me han convencido de que si técnicamente no he construido una obra perfecta, la dosis de humanidad y piedad que hay en ella llega al público y lo conmueve por la pureza de su intención.

Roberto Arlt.

PRÓLOGO

Zona astral donde la imaginación de los hombres fabrica con líneas de fuerzas los fantasmas que los acosan o recrean en sus sueños.

Marco de caverna, más allá del cual se distingue una llanura de cobre bloqueada por montañas. Cambiantes luces violetas le prestan al panorama la sequedad del desierto y la magia irreal de los escenarios de fantasmagoría.

Conciliábulo de fantasmas pueriles e ingenuos.

ROCAMBOLE: En la estampa que lo presentan los grabados de madera de las primeras ediciones Maucci que aparecieron en Barcelona. Tubo gris, jaquet negro, pantalón a cuadros endrinos y blancos, prendido sobre el empeine del pie por trabillas que cruzan bajo la suela del calzado. Látigo de cochero de punto bajo el sobaco. Esta arbitrariedad explica la imaginación del ilustrador de cromos populares en Barcelona. El pícaro puede ser confundido con un empleado de seguros, de pompas fúnebres o de asuntos judiciales. Representa cuarenta años.

HOMBRE CÚBICO: Tronco de caldera cúbica con dos paralelogramos por piernas. Un triángulo equilátero sustituye la cabeza. Carece de brazos, como todas las estructuras que idean los inventores de homúnculos y hombres mecánicos.

REINA BIZANTINA: Veinte años. Insignificante, a semejanza de las reinas de carnaval. Traje coludo en rojo mayor, y en la cabeza un chirimbolo de carey

escarlata que es atributo de las monarquías de carnes-
tolendas, e innumerables lentejuelas, símbolo de los
esplendores de las reyecías.

GALÁN: Pinta cínica: smoking y gardenia en el ojal.
Bigotuelos de pederasta y enjundia de cómico de la
legua.

DEMONIO: Un truhán con capa mefistofélica, como
todos los diablejos de circo: cejas reglamentarias de
arco, calzas rojas y pantuflas negras, más encorvadas
que la proa de una piragua. Porra de estopa roja y
gesto desahogado.

ESCENA ÚNICA

ROCAMBOLE (entrando por el costado derecho). — Ano-
chece.

HOMBRE CÚBICO (ídem por el lado izquierdo). — Yo no
me puedo sentar. Mi padre se olvidó de ponerme
bisagras en las piernas.

ROCAMBOLE (sentándose en un peñasco). — Llega la ho-
ra de trabajar.

REINA BIZANTINA. — En días como hoy, cuando era per-
sona humana, me dolía el hígado. ¿Quién diría que
pasaría luego a ser constructora de sueños?

ROCAMBOLE. — No; los constructores son ellos, los hom-
bres.

GALÁN (incorporándose al grupo al tiempo que se lim-
pia los zapatos con un golpe de pañuelo). — Somos
los fantasmas de sus sueños.

DEMONIO (que se ha sentado silenciosamente). — ¡Ex-
prélese con más propiedad! Somos los protagonistas
de sus sueños.

ROCAMBOLE. — No está bien esa definición. ¡Represen-
tamos los deseos del hombre!

DEMONIO. — Existimos sin forma, como nubes. De

pronto el deseo de un hombre nos atrapa y nos
imprime su forma.

HOMBRE CÚBICO. — Estoy confundido.

REINA BIZANTINA. — Usted nos confunde.

DEMONIO. — Yo me entiendo.

GALÁN. — ¿Y qué nos importa que usted se entienda,
si no lo entendemos nosotros?

HOMBRE CÚBICO. — A ver... déjenme a mí, que soy
de origen puramente científico.

REINA BIZANTINA. — Ahora me explico su forma gro-
tesca.

GALÁN. — ¡No es correcto eso, señora! Es lo mismo
que si el Hombre Cúbico le dijera a usted que es un
mamarracho.

HOMBRE CÚBICO. — Nosotros somos ejes de fuerza.

ROCAMBOLE. — Eso... ejes de fuerza como este mango
de látigo...

HOMBRE CÚBICO. — En torno de estos ejes, como en
torno de ese mango de látigo, se acumulan los sueños
de los hombres. De manera que el eje se conserva
independiente de su forma, como el vino del barril...

GALÁN. — Muy bien por el hombre caldera...

HOMBRE CÚBICO. — Si yo tuviera brazos le daría a
usted una lección.

ROCAMBOLE. — Eso les pasa a ustedes, que son apren-
dices de fantasmas, pero yo soy Rocambole desde que
tengo uso de inteligencia.

DEMONIO. — ¡Qué gracia!... También a usted lo fabri-
có la imaginación de un novelista.

GALÁN. — De cualquier modo, el hombre es esclavo de
su sueño... Es decir, esclavo nuestro. Así, yo, antes
de hacer este papel de galán, hice el de pirata me-
lancólico y degollador. Fue un chico que después se
suicidó porque la hija de la carbonera, que era su
vecina, no quería escaparse con él en una barca de
oro. Así decía el chico.

ROCAMBOLE. — Si empezamos a contar lo que dijeron

los chicos y lo que cada uno ha sido, es historia de nunca acabar...

HOMBRE CÚBICO. — ¿Y a mí no me encuentran absurdo? ¿A que no adivinan quién me imaginó así?

REINA BIZANTINA. — Algún calderero loco.

HOMBRE CÚBICO. — Me ofende que me trate así. No es un calderero mi padre, no, sino un geómetra. Quiere inventar un aparato de buzo que resista todas las presiones submarinas. Ayer, para no ir más lejos, me convirtió la cabeza en una elíptica, después en el paralelogramo de fuerzas, hasta que por fin me largó con este triángulo por cráneo.

DEMONIO. — Es desagradable semejante calabaza.

HOMBRE CÚBICO. — ¡Y vaya a saber en qué termina...

GALÁN. — Realmente uno hace todos los papeles.

REINA BIZANTINA. — Igual que los artistas...

DEMONIO. — Que un día son porteros...

ROCAMBOLE. — Y otro generales...

GALÁN. — O emperadores...

HOMBRE CÚBICO. — Sin embargo, da gusto oírse hablar...

REINA BIZANTINA. — Si por mí fuera me pasaría el santo día y la noche charlando.

GALÁN (a la REINA BIZANTINA). — Usted como de costumbre...

REINA BIZANTINA. — Sí, a visitarlo a mi corredor de sardinas...

GALÁN. — ¡Oh, el hombre..., el hombre!...

REINA BIZANTINA. — Camina todo el día. Sus botines parecen los del Judío Errante. Con su sombrero se podría instalar una grasería. Y este desarrapado, que tiembla cuando el jefe le hace una observación, por la noche sueña que es emperador de Bizancio.

ROCAMBOLE. — Debe de ser entretenido.

REINA BIZANTINA. — Es triste y fantástico. Unas veces se imagina que le hace la guerra a los reyes de Europa, otras que...

DEMONIO (al GALÁN). — ¿Y usted continúa con esa chica?...

REINA BIZANTINA. — ¿Y qué se hizo de la jorobadita?...

GALÁN. — La visito todas las noches.

ROCAMBOLE. — ¿Es cierto que es muy contrahecha?

GALÁN. — Horrible y mala. Además de ser fea, es perversa. Tiene los dedos callosos y una verruga en la nariz. A pesar de su facha, estoy obligado a fingirme desesperadamente enamorado, al punto que no queda conforme si no me arrodillo ante ella. Fíjense que vive en un cuarto infecto. Al presentarme debo decirle reglamentariamente así: (declama) "Amor mío, ¿cuándo permitirás que mis labios cubran tus labios de besos?"

HOMBRE CÚBICO. — ¡Oh!... ¡Oh!...

ROCAMBOLE. — ¿Por qué ese disforme hace ¡oh!, ¡oh!...?

GALÁN. — Después le digo: "Querida mía, tu indiferencia me hiela el alma; deja que te estreche contra mi pecho".

HOMBRE CÚBICO. — ¡Oh!... ¡Oh!...

ROCAMBOLE. — ¿Por qué diablos hace ¡oh!, ¡oh!...?

HOMBRE CÚBICO. — Me gustaría estar en el papel del Galán. Es más divertido que pasarse las horas con un geómetra imbécil.

REINA BIZANTINA. — Déjense de interrumpir ustedes...

(Al GALÁN.) ¿Y ella qué dice?

GALÁN. — Se retuerce las manos y me suplica que me retire, que la madre me puede ver, y lo curioso es que es huérfana; pero ella hace más sabrosa la comedia diciéndome: "Querido, andá, andate antes que mamá nos sorprenda..."

DEMONIO. — Interesante... ¿Y usted qué le contesta?

GALÁN. — Al llegar a este punto, yo ya no tengo que contestarle nada, sino tomarla dulcemente de la cintura y...

HOMBRE CÚBICO. — ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!... (Estos

¡oh! son alaridos ahora.) Yo quiero hacer el papel de Galán, aunque sea con una jorobada...

REINA BIZANTINA (al HOMBRE CÚBICO). — ¡Qué fogoso es usted!... Sosiéguese, hombre.

DEMONIO. — ¡Ja, ja, ja!...

ROCAMBOLE. — Caldera parece nuevo en negocios de imaginación...

GALÁN. — Le regalo el papel...

HOMBRE CÚBICO. — Sí, hace poco que soy fantasma...

ROCAMBOLE. — Ya se acostumbrará. Aquí, como usted me ve, con esta galera cochambrosa y polainas indecentes, he hecho el papel de marqués y figuro en una novela de cuarenta tomos.

REINA BIZANTINA. — ¿Cuarenta tomos, señor Rocambole?

ROCAMBOLE (quitándose el sombrero). — Ni uno más ni uno menos, que los escribió el muy insigne señor Ponson du Terrail.

DEMONIO. — ¡Cuarenta tomos!...

GALÁN. — ¿Y usted es siempre el personaje?...

ROCAMBOLE. — Soy siempre el mismo personaje a través de distintos nombres. Una vez me llamo el Hombre Gris, otra el Marqués de Chamery, otras...

HOMBRE CÚBICO. — ¡Así sí que da gusto ser personaje!...

ROCAMBOLE. — Y le he hecho ganar millares y millares de francos a mi patrón, el ilustre señor Ponson du Terrail.

HOMBRE CÚBICO. — ¡Cuarenta tomos!...

ROCAMBOLE. — Que han leído todas las tenderas, modistillas y planchadoras del mundo...

DEMONIO. — Y usted, señor Rocambole, ¿sigue fiel a su sirvienta?...

ROCAMBOLE. — No merece ser sirvienta, sino gran señora...

REINA BIZANTINA. — ¡Qué honor para ella!...

ROCAMBOLE. — Mi papel es fácil y simpático, aunque ustedes duden...

HOMBRE CÚBICO. — ¡Cómo no le vamos a creer al personaje de cuarenta tomos!

ROCAMBOLE. — Los hombres tienen una simpatía descomunal por los pilletes y bribones...

GALÁN. — Posiblemente porque en cada hombre hay un pillete...

REINA BIZANTINA. — Eso cae tan bien como aceite a la ensalada.

DEMONIO. — O anillo al dedo...

GALÁN. — ¿Y su papel cuál es?

ROCAMBOLE. — Cuando la sirvienta se acuesta, cansada de trabajar todo el día, yo me acerco y le digo: "Señorita, soy el Hombre de Negocios; vengo a comunicarle que ha heredado treinta millones".

REINA BIZANTINA. — ¿Cuánto?

ROCAMBOLE. — Me equivoqué. Son trescientos millones.

HOMBRE CÚBICO. — Pero ¡es una barbaridad! ¿Por qué trescientos millones? ¿No podrían ser treinta mil pesos?

ROCAMBOLE. — Si un ciudadano, pudiendo soñar que hereda trescientos millones, se imagina que hereda treinta mil pesos, merece que lo fusilen por la espalda.

GALÁN (al HOMBRE CÚBICO). — ¡Había sido tacaño usted, Caldera! Economiza hasta en los sueños...

REINA BIZANTINA (diplomática). — No está acostumbrado a soñar el amigo Caldera.

HOMBRE CÚBICO. — Yo no quiero que me llamen Caldera...

REINA BIZANTINA. — Bueno, no se enoje; lo llamaremos Querubín.

HOMBRE CÚBICO. — ¿Ve? Ese nombre me gusta...

DEMONIO. — En cambio, mi hombre es un chico de catorce años. Él también, como los hombres de ustedes, me llama antes de dormir: Soy su demonio. Me

llama así, su "demonio". Estoy obligado a presentarme todas las noches y decirle: "Soy Lucifer; puedo concederte todos los poderes de la tierra. Elegido, ¿qué preferís ser: ¿el hombre más lindo del mundo, el más fuerte, el más sabio, el más rico?" Y mi muchachito se convierte una noche en el chico más fuerte, otra en el más sabio... Creo que esta noche quiere vencer a Tony Canzoneri en el primer round y por knock-out...

GALÁN (pensativamente). — El hombre... (Camina por el estrado y se vuelve solo desde un extremo a los otros.) ¿Qué me dicen ustedes del hombre?...

REINA BIZANTINA. — Es infinitamente triste...

DEMONIO. — Dios le ha dado un alma cambiante como el mar...

ROCAMBOLE. — Busca el sufrimiento; eso es evidente.

HOMBRE CÚBICO. — Más: busca la felicidad...

REINA BIZANTINA. — He visto hombres terribles: estaban entre Dios y la bestia.

DEMONIO. — Convengamos que casi siempre están más cerca de las bestias que de Dios, ¿eh?

GALÁN. — Sí; no todas las veces es agradable ser instrumento de la imaginación de los hombres.

ROCAMBOLE. — A mí francamente me gusta tomarme en serio.

HOMBRE CÚBICO. — ¿Qué quiere decir con eso?

ROCAMBOLE. — Que cuando hago el personaje de algún drama, me gusta sufrir y soñar como si fuera hombre de carne y hueso en vez de fantasma.

REINA BIZANTINA. — ¿De modo que si usted pudiera concederle trescientos millones a la sirvienta se los facilitaría?

ROCAMBOLE. — Claro. ¿Se imaginan ustedes lo que significan trescientos millones efectivos, contantes y sonantes? ¿Trescientos millones en billetes de a cien pesos? Diez billetes forman un espesor de un milímetro.

HOMBRE CÚBICO. — Está hecho el cálculo: se formaría una columna de trescientos metros de altura.

GALÁN. — Muy bien por Caldera, quiero decir por Querubín.

ROCAMBOLE. — Eso..., un pilar alto como la torre de Eiffel... ¿Se imaginan ustedes una sirvienta con tal cantidad de dinero?

GALÁN. — Si el hombre supiera que todo lo que sueña queda impreso en esta zona astral, se espantaría. No podría creer en el poder de su imaginación.

ROCAMBOLE. — Yo creo que hay hombres cuya imaginación fabrica mundos y humanidades en los espacios.

HOMBRE CÚBICO. — Si es como usted dice, también deben de crear monstruos espeluznantes...

DEMONIO. — Es mejor no hablar de esos asuntos...

REINA BIZANTINA. — Sí, porque a mí se me pone la piel de gallina... Una vez distinguí a un monstruo que galopaba en las tinieblas...

GALÁN. — Si el hombre tuviera la vista más sensible nos vería...

ROCAMBOLE. — ¡Qué simple es usted! Claro que nos ven. El hombre que lo imaginó a usted lo ve... Si nosotros somos hijos de su fantasía...

GALÁN. — Lo que quería decir es que todos los hombres nos verían como ven a los pájaros y a las nubes...

ROCAMBOLE. — Algún día nos verán.

HOMBRE CÚBICO. — Si eso ocurre, los hombres no se atreverán a pensar...

DEMONIO. — ¡Muy bien por Caldera! ¡Es todo un filósofo!

HOMBRE CÚBICO (con tono lacrimoso). — Yo no quiero que me llamen Caldera.

REINA BIZANTINA. — No, ocurrirá que los seres humanos en vez de pensar monstruosidades cavilarán cosas lindas...

GALÁN (llevándose la mano a la oreja). — Siento que llaman...

UNA VOZ REMOTA. — ¿Dónde estás, mi reina?
REINA BIZANTINA (moviendo desalentadamente los brazos). — Ya voy, mi augusto esposo... (Sale.)

ROCAMBOLE. — ¡Maldito sea! ¿Dónde dejé mi látigo?

UNA VOZ. — Te estoy esperando, amor... Vení amor... Vení.

GALÁN. — Es la contrahecha y el diablo... ¡Maldito sea mi suerte! (Sale.)

TERCERA VOZ DISTANTE. — Quiero ser el hombre lindo del mundo.

DEMONIO. — Mi chico. Voy volando. (Sale.)

OTRA VOZ LEJANA. — Rocambole... ¿Dónde estás, Hombre Gris?

ROCAMBOLE (enfático). — Ya va el gran criminal. Ya va, pero va arrepentido de sus crímenes... (Sale.)

HOMBRE CÚBICO (desolado en las semitinieblas). — Esta noche mi geometra no me llama. ¿Qué hago si se olvida de mí? Me dejará revestido de esta forma absurda. ¡Y la cara que muestra la luna!... (Se apoya en una roca.) ¿Qué hago sin brazos y con esta catadura interplanetaria? (Empieza a sollozar con mugidos a través de la cornetilla de su boca. Una luna gris como un huevo de avestruz le guiña un ojo al fantoche en la desolación de la noche astral.)

UNA VOZ LEJANA. — ¿Dónde estás, bribón triangular?...

HOMBRE CÚBICO (saltando). — Gracias a Dios que no se olvidó de mí... (Sale bamboleándose, parecido a un monstruo marciano.)

TELÓN

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Cuarto de servicio, con camita de una plaza; en un ángulo, un ropero de madera blanca, un velador, un banquillo cantinero de tres pies. Al foro, puerta. Al costado de la puerta, un ventanillo. El cuarto, enlucado de verde claro, tiene la desolada perspectiva de policromía de una novela por entregas por Luis de Val. Durante unos segundos la escena queda en silencio. Un rayo de luna entra en el cuarto, y remotos se escuchan rechinamientos de tranvías y un distante final de vals al piano.

Personaje real:

SIRVIENTA: Mujer de veinticuatro años. Expresión dura e insolente que de pronto se atempera en un anímicamiento voluptuoso de ensueño barato. Recuerda a Rina, el Ángel de los Alpes, o cualquier otra pelandusca destinada a enternecer el corazón de estopa de las lectoras de Carolina Invernizio o Pérez Escrich.

Personajes de humo:

LA MUERTE, ROCAMBOLE, CAPITÁN de trasatlántico, MARINERO, GALÁN, NIÑERA, LACAYO con patillas, las amigas GRISELDA y AZUCENA, CENICIENTA en pañales.

ESCENA I

SIRVIENTA (*recostada en el lecho, con las manos bajo la nuca, guarda un momento de silencio*). — Si yo fuera rica esto no me pasaría. (*Permanece nuevamente en silencio y se repiten los zumbidos de los tranvías que pasan, todos los ruidos de la noche en la ciudad. Se incorpora en la cama y permanece sentada en la cabecera del lecho tomándose las rodillas con las manos.*) Digo que si fuera rica esto no me pasaría. (*Se oye un ruido blando en el piso, ella, envuelta en una frazada, enciende la luz. Luego se acerca al espejo y se mira.*) Estoy flaca y fea... Ni la muerte me querría...

ESCENA II

De junto a la puerta se desprende, cojeando con escrúpulos de alcahueta, la MUERTE. Se cubre la cabeza con un pañolón que torna más rígido y duro su rostro de líneas de yeso, con ojos desnivelados a lo largo de la nariz rectilínea. Uñas de lata y ojeras de betún.

MUERTE. — ¿Me llamabas, queridita?...

SIRVIENTA (*frente al espejo, tocándose el rostro sin volver la cabeza*). — A quien llamo es a la vida.

MUERTE (*detenida en medio del cuarto*). — Te recomendaron que comieras jamón del diablo y te abrigaras, y en cambio, como una lujuriosa te miras los dientes en el espejo. Además, eres descortés: ¿no me ofreces asiento?

La SIRVIENTA avanza hasta el taburete y luego permanece sentada en la orilla de él con las manos apoyadas en el mentón y los codos en las rodillas. Mira frente a sí. La MUERTE, detenida, la observa.

MUERTE. — Todas ustedes son iguales. Llaman a la Muerte y cuando llego me reciben con cara larga como si me hicieran un favor. Todavía no he encontrado un alma piadosa que me ofrezca un vaso de vino.

SIRVIENTA. — Más tiene traza de rufiana que de Muerte. Déjeme tranquila.

MUERTE (*dogmática, atisba en derredor*). — ¿Ves? Eso te pasa por no comer jamón del diablo. Si pasearas en automóvil y fueras a la ópera, en vez de echar sangre por la boca venderías salud, y la salud es una gran cosa, hijita. ¡Una gran cosa! Por otra parte, continúas sin ofrecerme asiento.

SIRVIENTA. — Soy sirvienta y no tengo más que un banquito en mi cuarto.

MUERTE. — Tū has ido a la escuela, ¿no?

La SIRVIENTA la mira haciendo un gesto como diciendo: "¿Qué hay con esto?"

MUERTE. — ¿Y en la escuela no te han enseñado a ser respetuosa con los mayores?

SIRVIENTA. — Siéntese en la cama, si quiere...

MUERTE. — Es que debe de tener pulgas tu cama. Ustedes las fámulas son tan descuidadas...

SIRVIENTA. — Entonces siéntese en el suelo.

MUERTE. — Yo no soy gitana para sentarme en el suelo.

SIRVIENTA. — Entonces quédese de pie.

MUERTE (*siempre moviendo la cabeza y husmeando en derredor*). — Chiquita, ¿sabes que eres mal educada?

SIRVIENTA. — ¡Dios mío! Usted más que la Muerte parece una partera por lo charlatana.

MUERTE. — ¿Y quién te dice que no sea una partera? ¿No hago acaso salir de este mundo a los vivos para que entren otros? Además, si estoy aquí es porque me has llamado. ¿O crees que soy sorda? Hace mucho tiempo que me llamas. Bueno, me he dicho, vamos a complacerla a esta chica. Y aquí estoy, hermosa...

SIRVIENTA (*observándola*). — ¡Qué traza horrible! . . .
MUERTE. — Queridita . . . yo también he sido joven.
SIRVIENTA. — Es que yo no quiero morir. No quiero.
MUERTE. — Hágase tu voluntad, pichona. La gente muere en realidad cuando quiere morir. Quien tiene la voluntad de vivir, vive. Se arrastra, pero vive. ¿No te has fijado, por ejemplo, en esos viejos avaros que agonizan años y años entre telarañas? . . .
SIRVIENTA. — Bueno . . ., habló demasiado . . . puede irse . . .
MUERTE (*acercándose cojeando*). — ¿Sabes que eres linda, chica? (*La SIRVIENTA, al oír los pasos sordos de la MUERTE, se pone violentamente de pie, con el rostro rígido, la mirada clavada en el horizonte.*) Eres linda . . . A ver . . . sonreí. (*La SIRVIENTA hace muecas, hipnotizada.*) Cierto que eres linda . . . ¿Sabes que quisiera verte desnuda? . . . A ver . . . (*Hace sentar a la SIRVIENTA en el banquillo y le abre la frazada de modo que los senos quedan al descubierto. La MUERTE retrocede con movimientos de dromedario y estudia a la muchacha como un pintor a su modelo. Luego te señala el seno izquierdo alargando el brazo.*) ¡Qué lástima! Allí está el tirabuzón que te agujerea el pecho. Y eres linda . . . Bueno, tú tienes la culpa . . . ¿Quién te manda no comer jamón del diablo? ¡Si te alimentaras de pollos asados no te pasaría eso! ¡Y eres linda! (*Menea la cabeza pensativamente.*) Si no trabajaras de sirvienta podrías vivir un tiempo. (*Confidencialmente.*) ¿Por qué no te buscas un viejo rico? Los viejos son lujuriosos y cegatos. Un viejo te daría jamón del diablo, no te quede duda. Y te llamaría su palomita, su tierna palomita. (*Se escuchan tres golpes en las tablas de la puerta. La MUERTE se escurre por un muro de papel, y la SIRVIENTA, escalofriada, cierra sobre su pecho la frazada. Golpean otras tres veces y se abre la puerta.*)

ESCENA III

Entra ROCAMBOLE, caracterizado como en el prólogo, con la diferencia de que gasta gafas negras de monedero falso y botas de contrabandista. A la espalda, el eterno látigo de postillón vandeano. La SIRVIENTA permanece inmóvil. ROCAMBOLE se detiene unos pasos tras ella.

ROCAMBOLE. — ¡Diablos! Hace frío. (*Saca una pipa del bolsillo y la enciende; luego avanza hasta la SIRVIENTA, se para frente a ella y la observa con detenimiento de cochero que va a comprar un penco y que lo examina previamente.*) ¿Así que usted es la huérfana? (*La SIRVIENTA no contesta.*) Disculpe que haya entrado sin esperar a que me abriera. Soy el Hombre de Negocios . . .

SIRVIENTA. — ¿Eh? . . .

ROCAMBOLE. — Soy el Hombre Gris . . . Por otro nombre, más terrible, Rocambole. (*Se quita las gafas enrejadas y negras.*) Vea mis ojos, quemados por la pólvora cuando quise escaparme del presidio.

SIRVIENTA (*saliendo de su sopor*). — ¡Usted en persona! . . . ¡Qué maravilla! . . .

ROCAMBOLE. — En algunas partes me llaman el ex-presidario. En otras, el ex-jefe del Club de Sotas. (*Hace un gesto de fantoche sentimental y libertario, llevándose un pañuelo a los ojos.*) Un ángel, la duquesa de Chamery, me redimió . . .

SIRVIENTA. — Sí, yo sabía . . . ¡Qué buena la duquesa! . . . A mí se me caían las lágrimas cuando leí esa parte. Y usted se quedó pensando en París.

ROCAMBOLE. — Eso es verdad como la Biblia. Yo me quedé pensando en París. Y, cuando un ángel terrestre llora por el destino de un fantasma, el fantasma cobra vida, su sangre son lágrimas . . .

SIRVIENTA. — ¡Qué raro! Pero, a ver: déjeme que lo

toque. (*Se acerca y le palpa los hombros.*) Efectivamente, usted existe. ¿Por qué va vestido tan a la antigua? Hoy se venden uniformes de chofer y de cochero muy baratos.

ROCAMBOLE. — Es la vieja piel del bandido, señorita. Pero el bandido murió redimido por un ángel, y queda el Hombre Gris.

SIRVIENTA. — Sí, ya sé... Yo lo admiro mucho. Leí toda su vida cuando trabajaba de sirvienta en la casa de una maestra que tenía un hijo hidrocefalo.

ROCAMBOLE. — Cuarenta tomos, señorita.

SIRVIENTA. — Los cuarenta tomos me leí...

ROCAMBOLE (*descubriéndose magnánimo*). — Los escribió el señor Ponson du Terrail, muy noble señor...

SIRVIENTA. — Eso..., pero yo nunca me puedo acordar del apellido de este señor. De la duquesa de Chamery, sí. ¡Qué buena!

ROCAMBOLE. — Un ángel embalado en una mujer...

SIRVIENTA. — También me acuerdo de Bacarat...

ROCAMBOLE. — Ella sí era una perdularia. Pero también se redimió. Dejó de vender su cuerpo a los hombres, para dedicarse a las buenas obras. Pero usted nunca conoció a un hombre sobre el que hubieran escrito cuarenta tomos, ¿no es verdad? (*Se pasea enfáticamente por la pieza.*) ¡Cuarenta tomos! ¿No es cierto que es un honor?

SIRVIENTA (*con admiración ingenua*). — Y claro que es un honor, y bien grande. ¡Cuarenta tomos!

ROCAMBOLE. — Es lo que yo digo. ¡Cuarenta tomos! ¿Usted sabe que me lee todo el mundo?

SIRVIENTA. — Si viera todo lo que lloré mientras leía sus aventuras...

ROCAMBOLE. — Y si mi muy noble patrón (*vuelve a descubrirse*), el señor Ponson du Terrail, no hubiese muerto, hubiera escrito otros cuarenta tomos. ¿Se da cuenta? Y en vez de cuarenta hubieran sido ochenta tomos... Entonces sí que mi felicidad habría sido

completa... ¡Ochenta tomos!... Pero hay que conformarse, ¿no le parece, señorita? Todos los días nacen miles de personas y se mueren otras tantas y nadie escribe una línea sobre ellos. En cambio, sobre mí se han escrito cuarenta tomos. Dígame: ¿no le parece que tengo razón de estar orgulloso?

SIRVIENTA. — Y bien orgulloso... Si fuera yo, no sé lo que haría...

ROCAMBOLE. — No es que yo sea vanidoso..., pero también hicieron películas.

SIRVIENTA. — Las vi: en series...

ROCAMBOLE. — No pusieron ni la décima parte de los cuarenta tomos... Lo que hay es que los empresarios de cine son unos ladrones... ¿Usted no cree que es la envidia?... (*Confidencialmente.*) Hay mucha gente que me tiene envidia. (*Lamentándose.*) ¿Y por qué?... ¿Quiere decirme por qué, señorita? Porque el muy noble señor Ponson du Terrail (*torna a quitarse el sombrero*) escribió cuarenta tomos sobre mí... aunque a decir la verdad yo no he venido a hacer mi propio elogio aquí, no, sino para algo mucho más importante. Usted ha recibido una herencia...

SIRVIENTA. — ¡Una herencia!...

ROCAMBOLE. — Sí, treinta millones...

SIRVIENTA. — ¡Treinta millones!...

ROCAMBOLE. — Me equivoqué... Quería decir... trescientos millones...

SIRVIENTA (*llevando las manos al pecho*). — ¡Es posible!... ¿Trescientos millones?

ROCAMBOLE. — Con cincuenta y tres centavos...

SIRVIENTA (*tambaleándose en la silla*). — Estoy mareada... No sé...

ROCAMBOLE. — Pero usted ya no es la sirvienta, ¿me entiende? No. Usted es la huérfana. (*Enfáticamente.*) La pobre huerfanita, la huérfana menesterosa.

SIRVIENTA. — Esto es demasiado. No lo resisto, señor...

ROCAMBOLE. — Hay que resistirlo... ¿Qué haría, entonces, si se escribieran cuarenta tomos sobre su vida? ¿Cómo resistiría? He resistido yo...

SIRVIENTA (*tímidamente*). — Es que trescientos millones no son cuarenta tomos...

ROCAMBOLE (*indignado*). — Señorita..., por favor...

Usted no va a comparar la despreciable e innoble cantidad de trescientos millones con cuarenta tomos. Trescientos millones los tiene cualquier salchichero enriquecido, cualquier tendero de Nueva York, cualquier analfabeto australiano... pero cuarenta tomos..., no me indigne, señorita... ¿Usted puede citar algún hombre sobre el cual se hayan escrito cuarenta tomos? ¿Puede citarlo? Contésteme.

SIRVIENTA. — No, en verdad.

ROCAMBOLE (*satisfecho, respirando*). — Ya ve..., no hay que confundir... (*Imperativo.*) Usted es la huérfana... Yo he descubierto al que le robó los trescientos millones... y se los entrego a usted; magnánimamente le entrego trescientos millones con cincuenta y tres centavos. (*Descarga un bulto en el suelo.*) Y usted me firma recibo ahora. (*Extrae un papel del bolsillo y una estilográfica.*)

SIRVIENTA. — ¿Firmar recibo?

ROCAMBOLE. — Los principios son principios, señorita. Hay que respetarlos. Ésta es una operación comercial. Yo le entrego a usted trescientos millones y usted me firma recibo. No salgamos después con que yo no le he entregado...

SIRVIENTA. — Pero, señor...

ROCAMBOLE (*dogmático*). — Hay que respetar los principios, señorita. Firme...

SIRVIENTA (*dichosamente ofendida*). — ¿Cómo no... cómo no le voy a firmar!... (*Firma.*)

ROCAMBOLE (*echándose el recibo al bolsillo*). — Porque usted sabe, nunca puede preverse lo que ocurre en la vida...

Suena el timbre de servicio y la SIRVIENTA sale. ROCAMBOLE se escurre por la puerta, y la escena queda por un instante vacía.

CUADRO SEGUNDO

ESCENA I

Lentamente la luz decrece en el cuchitril hasta convertirse la progresiva oscuridad en tiniebla cimeriana. Se escuchan pasos, e insensiblemente una luz verdosa inunda la habitación, revelando ahora a la SIRVIENTA sentada a la orilla de su camastro. Pero el cuchitril ha crecido, prolongándose su muro en el puente de un trasatlántico, con amarilla chimenea oblicua y las plumas de los guinches abiertas en abanico. Claridad anaranjada rueda sobre la nave y la perspectiva plateada y verdegay del océano quimérico.

Un MARINERO entra en la zona del puente y sin decir esta boca es mía deposita una hamaca. Luego mira el mar y sale.

La SIRVIENTA lentamente se desprende de su ensueño y avanza hacia la pasarela de la nave, poniéndose una mano sobre los ojos a modo de visera para mirar el horizonte. La criada, encogida y triste, se ha transformado en una criatura voluptuosa y elástica que sonríe con delectación al paisaje que la rodea.

IMPORTANTE: La SIRVIENTA en el transcurso de toda la obra continúa vistiendo su guardapolvo de mestralla, y los personajes de humo afectarán no darse cuenta de ello.

ESCENA II

Con andar de gato solapado se cuela en la escena tras la SIRVIENTA, el CAPITÁN. Este observa un instante a la criada y después sonríe con sonrisa fisgona.

CAPITÁN. — ¿Le gusta el paisaje, señorita? *(En la posición en que están colocados ambos el paisaje es invisible, pero ellos actúan como si estuviera allí ante sus ojos, revelándose de este modo la maravilla de la imaginación creadora y el poder soñador de SIRVIENTA.)*

SIRVIENTA. — ¡Qué curiosas esas calles que suben y bajan entre montañitas!

CAPITÁN. — Se llaman cerros. Ése, a su izquierda, es el de San Andrés; el otro, por donde baja la fila de burros, el de San Antonio...

SIRVIENTA. — ¿Y aquella cúpula de oro?...

CAPITÁN. — De la catedral. Esas callecitas eran antes el camino que llevaba al pueblo de los gitanos... Por aquí anduvo un cómplice de Rocambole antes de que a Rocambole lo salvara un ángel...

SIRVIENTA. — La duquesa de Chamery...

CAPITÁN. — Eso mismo.

SIRVIENTA. — Ahora parece de fuego la montaña. ¡Qué roja!

CAPITÁN. — Un efecto de sol.

SIRVIENTA. — ¿Y ese camino tan blanco?

CAPITÁN. — No es camino, sino canal abandonado. Se ha llenado de Lirios de Agua.

SIRVIENTA. — Vea si no parece de diamante esa cascada junto a los árboles rojos...

CAPITÁN. — Granados en flor. Es la estación.

SIRVIENTA. — Yo sabía perfectamente que eran granados... Pero no se lo dije para dejarle a usted ese gusto, Capitán.

CAPITÁN. — ¡Qué curioso!

SIRVIENTA. — Se me ocurre que debe de ser desabrido un viajero que no pregunta nada y lo sabe todo. Viajar sabiendo no tendría gracia. Y, además, ¿cómo luciría sus conocimientos el capitán del barco? ¿No le parece?... ¿Y esa torre de oro?... Ahora sí que no sé...

CAPITÁN. — Mármol amarillo. Pertenece al castillo de un grande de España.

SIRVIENTA. — ¡Qué curiosa coincidencia, Capitán!

CAPITÁN. — ¿Qué coincidencia?

SIRVIENTA. — Este paisaje es idéntico a uno que vi en "La Esfera". Me acuerdo perfectamente.

CAPITÁN. — ¡Ah!... La revista española... Sí, efectivamente, ahora recuerdo yo también que lo reprodujo. ¿Ve? En aquel monte se dice que se reúnen los gitanos.

SIRVIENTA. — Se distingue bien a la pastora...

CAPITÁN. — Y los corderitos.

SIRVIENTA. — El de atrás es el pastor...

CAPITÁN. — Sí, el que lleva la gaita.

SIRVIENTA. — ¿Y ese de trabuco y faja colorada?

CAPITÁN. — Debe de ser un bandido o un contrabandista...

SIRVIENTA. — ¡Qué notable! De colorada que estaba la montaña se pone violeta.

CAPITÁN. — Es debido a la puesta de sol... ¿Usted nunca viajó?

SIRVIENTA. — No, pero como hace poco recibí una herencia de trescientos millones, viajo...

CAPITÁN. — ¡Trescientos millones! Es una suma respetable...

SIRVIENTA. — Claro que lo es...

CAPITÁN. — Con razón yo me decía: "¿Quién será esta señorita distinguida que viaja con tanto lujo?"... Supongo que estará conforme de la atención del servicio aquí en el barco...

SIRVIENTA. — Sí... Las mucamas son muy buenas en casa.

CAPITÁN. — Personal seleccionado. Mi barco es como un templo. Los camareros son castos y las mucamas virtuosas. ¿La comida es de su agrado?

SIRVIENTA. — Sí... Además, yo no me fijo mucho...

CAPITÁN. — Cuando se tienen trescientos millones hay que fijarse en todo.

SIRVIENTA. — ¿Por qué?

CAPITÁN. — ¿Y para qué tener trescientos millones entonces?... ¿No le parece? Si no fuera así tanto derecho tendría a fijarse y a tener pretensiones el que no tiene un centavo como el que es multimillonario, como usted. *(Mirando en derredor.)* ¡Qué rápido que ha salido la luna!

SIRVIENTA. — Es maravilloso. Las montañas parecen de plata.

CAPITÁN. — ¿No distingue esa hoguera?...

SIRVIENTA. — Sí, lo más bien... Pero ¡qué notable! Fíjese en esas mujeres...

CAPITÁN. — Bailan un bolero...

SIRVIENTA *(poniéndose las manos en las orejas)*. — Se oyen las guitarras...

CAPITÁN. — Fíjese cómo zapatea ese gitano...

SIRVIENTA *(cayendo de rodillas)*. — Señor, te doy las gracias por haber permitido que goce tamañas maravillas...

CAPITÁN. — ¿Qué le pasa, señorita? *(La SIRVIENTA se pone de pie.)*

SIRVIENTA. — Estoy conmovida, Capitán. ¡Ah, si usted supiera! Cuando yo vivía en Buenos Aires y no había recibido la herencia, para distraerme iba a las estaciones... Viajaba en tren... Naturalmente... viajes cortos... media hora... Me parecería que me iba muy lejos... no sé adónde. Tenía la impresión de que el tren sólo podía parar en una estación donde hubiera casas en que todo el mundo era feliz...

CAPITÁN. — Es muy instructivo viajar.

SIRVIENTA. — A mí no me interesa la instrucción. Me gusta el tren porque va lejos... y, además, ¿usted sintió ese olor a carbonilla mojada que tienen las locomotoras?... *(Cambiando de tono.)* ¡Oh, qué lástima, ya no se ve más la hoguera!...

CAPITÁN. — Comienza el desierto ahora. Permítame, que me llame el segundo. *(Sale. La SIRVIENTA se sienta en su mecedora.)*

ESCENA III

Aparece el GALÁN caracterizado como en el prólogo. Sobre la mecedora de la SIRVIENTA cae un cilindro de luz blanca, fría y lunar.

GALÁN *(de pie junto a la mecedora)*. — Señorita..., señorita...

SIRVIENTA. — ¡Ah! ¿Es usted...?

GALÁN *(lentamente)*. — Sí, soy yo..., soy yo...

La SIRVIENTA lo mira un instante y luego resuelve seguir el juego de la comedia amorosa.

SIRVIENTA. — ¡Ah!... ¿Es usted..., es usted...?

GALÁN. — ¿Me permite decirle que la amo?

SIRVIENTA *(con dulzura irónica)*. — ¿No podría decirme de otra manera?

GALÁN *(sorprendido)*. — ¿Por qué?

SIRVIENTA *(siempre con su modito irónico)*. — Porque de esa manera se me han declarado varios dependientes de tienda, farmacia y panadería.

GALÁN. — ¡Oh, no me compare!... Usted desea que yo sea un escogido.

SIRVIENTA. — Sí... un poco más expresivo.

GALÁN. — ¿Quiere que me arrodille?

SIRVIENTA. — ¡Oh!... No, es viejo y, además, se le mancharían los pantalones.

GALÁN. — ¿Entonces quiere que finja el Galán melancólico?

SIRVIENTA. — ¡Hombre, qué duro de entender es usted! Si yo fuera hombre me vendría por detrás de la mecedora y, besándola fuertemente a la muchacha que quisiera, le diría despacito: "Te quiero mucho... mucho..."

GALÁN. — ¡Oh! Entonces lo que usted pide es un procedimiento de novela alemana...

SIRVIENTA (terminante). — No he leído nunca novelas alemanas. He leído "Rocamble", que es bien largo..., cuarenta tomos..., y nada más... (El GALÁN calla y retrocede; la SIRVIENTA cierra los ojos y el GALÁN, acercándose de puntillas, la toma por los maxilares y la besa en la boca.)

GALÁN. — Te quiero mucho..., mucho...

SIRVIENTA (con displicencia). — No está del todo mal... Yo también, dueño mío. (Se siente a la distancia el rugido del león arenero.) ¡El león!...

GALÁN. — Ruge de amor...

SIRVIENTA. — Igual que en el Jardín Zoológico.

GALÁN. — ¿Dónde queda eso?

SIRVIENTA. — Allá..., en Buenos Aires... Pero, hablando de todo un poco..., ¿así que usted me ama?

GALÁN. — La amo desde que la vi en el comedor. Y me juré interiormente que si usted me daba su mano la haría mi esposa ante Dios y los hombres.

SIRVIENTA. — ¿Por qué no habla de otra manera? Si yo fuera hombre me declararía en otra forma...

GALÁN (malhumorado). — ¿Puede decirme qué papel hago yo aquí? ¿Soy yo o es usted la que se tiene que declarar?

SIRVIENTA. — ¡No se enoje, hombre!... Pero, usted es bastante estúpido como galán. ¿A quién se le ocurre decirle a una mujer: ¡Te amo!? Eso se dice en el teatro; en la realidad se procede de otra manera. En la realidad, cuando un hombre desea a una mujer

trata de engañarla. Lo creía más inteligente. A nosotras las mujeres nos gustan los desfachatados...

GALÁN. — Hay que vivir para ver... y creer...

SIRVIENTA. — Sea positivo. Yo soy una mujer positiva como todas las mujeres. Y a las mujeres no les gustan los prólogos en el amor. No, señor Galán, convéznase usted. (Imperativa.) Le voy a dar una lección. Siéntese en esa mecedora. (El GALÁN se sienta; la SIRVIENTA retrocede, luego se acerca y se inclina sobre él.) Bueno, haga de cuenta que yo soy el hombre y usted la mujer. (Dice en voz muy dulce.) Niña... me gustaría estar como un gatito en tu regazo. (Se inclina bien sobre el hombre.) Quisiera que me convirtieras en tu esclavo. Quisiera encanallarme por vos... Buenos, ahora haga usted lo que quiera, pero compréndame. (El GALÁN deja su asiento; lo ocupa la SIRVIENTA.)

GALÁN. — ¿No se da cuenta de que una persona decente no puede hacer eso?

SIRVIENTA. — Si seguimos en ese tren no terminaremos más. Aquí no se trata de pedirle un certificado de buena conducta, sino de que proceda como a mí me gusta. Usted es... Yo tengo trescientos millones...

GALÁN. — Es que yo nunca tropecé con una mujer como usted.

SIRVIENTA (menea la cabeza, luego se ríe). — ¡Qué hombre éste..., qué Adolfo!...

GALÁN. — ¡Oh!... ¡Usted sabe que me llamo Adolfo! ¡Oh! ¡Usted pronunció mi nombre! ¡Oh! ¡Puedo morir tranquilo!

SIRVIENTA. — En efecto, nada se perdería si usted reventara..., pero ¿por qué quiere morir joven?

GALÁN. — Mi vida se desenvuelve bajo un signo fatal. Me persigue el homicida amor de una gitana...

SIRVIENTA. — ¡Joróbese, por zonzos!...

GALÁN (iracundo). — Esto es imposible... Usted me echa a perder los efectos.

SIRVIENTA. — Cállese; le voy a seguir el juego... (Haciendo gestos de primera actriz.) ¿Cómo..., tú me eres infiel?

GALÁN. — No, no le he correspondido nunca..., pero ella me sigue a través de montañas y de mares...

SIRVIENTA (cariñosa). — Chiquito, ¡cuánta novelería!...

GALÁN. — Es una mujer fatal.

SIRVIENTA. — Chiquito..., las mujeres fatales sólo se encuentran en el cine. Nosotros nos casamos y sanseacabó la mujer fatal.

GALÁN. — No tengo dinero para casarme. Además, un galán que se casa es ridículo y hace reír a las mujeres a quienes engañó y con quienes no se casó.

SIRVIENTA. — Me gustas y te compro. Tengo trescientos millones.

GALÁN (rascándose la cabeza). — La suma es respetable. ¡Trescientos millones! Pero ¿qué dirá ella, que atravesó montes y mares?...

SIRVIENTA. — ¡Qué duro de entender es usted! Observe que mares y montañas son una mentira para darle un poquito de poesía a mi sueño. Aquí la única que sueña soy yo, nadie más que yo.

GALÁN. — Me arrodillo entonces...

SIRVIENTA (malhumorada). — Haga lo que quiera. (Aparte.) Este hombre es un perfecto imbécil, como todos los galanes...

GALÁN (declamatorio). — Recorrió los mares y las montañas.

SIRVIENTA. — Y los bosques. ¿dónde los deja?...

GALÁN (por su cuenta). — Yo miraba a una mujer... miraba a otra y ninguna me gustaba... (La SIRVIENTA lo mira y menea la cabeza consternada ante el latoso.) Y me decía: "¿Por qué ninguna doncella me ama? ¿Por qué ninguna jovencita corre a mi encuentro y me estrecha contra su pecho?... ¿Por qué las ciudades no se derrumban cuando paso y los gobernadores no me coronan de flores..., y el cor-

dero no come pasto junto al león, ni el león juega con el cabrito, si mi corazón está repleto de amor?..."

SIRVIENTA. — Eso es interesante.

GALÁN (pensativamente). — ¿Qué se cree, que no sé pensar por mi cuenta? ¡Claro que he pensado! El papel de galán es simultáneamente ridículo y dramático. Ya ve, usted y yo estamos aquí con el mar al frente y todavía no nos hemos dado un beso sincero.

SIRVIENTA. — ¿Y a usted le gustaría besarme?

GALÁN. — Me gustaría quererla, a pesar de su carácter endiablado.

SIRVIENTA (cavilosamente). — ¿Querer?...

GALÁN. — Sí, me gustaría quererla mucho, aunque usted no me quisiera, y humillarme ante usted como un perro.

SIRVIENTA. — ¿Por qué humillarse?...

GALÁN (con repentina angustia en la voz). — No sé..., pero hay mujeres que nos producen ese efecto. Primero las tratamos irónicamente..., es como si tuviéramos la sensación de que podemos azotarlas... y de pronto esa sensación se nos rompe y en el corazón nos queda el dulce deseo de ser humillados por esa mujer, sufrir...

SIRVIENTA. — Es muy lindo lo que dice usted. Siéntese a mi lado. (El GALÁN se sienta.) Nosotras a veces sentimos también esa sensación: que nos conquiste un hombre que de una sola mirada nos haga temblar... y que nos pegue... y que nos bese... ¿Por qué no me besa ahora?... Me gustaría que me besara.

GALÁN. — No tengo ganas de besarla. (Se levanta y va hasta la pasarela de la nave.) El mar..., la luna..., el corazón del hombre es más cambiante que el mar...

SIRVIENTA. — ¿Es cierto lo de la gitana?

GALÁN. — ¿Para qué me pregunta eso?

SIRVIENTA. — Es que nosotros estamos enamorados, de algo tenemos que hablar.

GALÁN. — ¿Nos engañamos mutuamente entonces?

SIRVIENTA. — ¿Y si no nos engañamos ni mentimos?...

GALÁN. — Tendremos que decir enormidades...

SIRVIENTA. — Dígalas.

GALÁN. — Bueno... Me revientan todas las mujeres, empezando por usted. Me revientan la forma como besan..., la comedia que hacen... Me revientan porque todo el placer que proporcionan no vale los copetines que se beben a costa de uno. (*Súbita transición.*) Perdóneme..., me olvidaba de que estaba haciendo el papel de Galán...

SIRVIENTA. — ¿Y por qué me pidió un beso antes?

GALÁN. — Por pedirlo... Un galán está obligado siempre a pedir besos, como un boxeador a dar trompadas. Es el "métier".

SIRVIENTA (*amablemente*). — Usted es un cínico...

GALÁN. — Es el único elogio que me encanta. Sí, soy cínico y desvergonzado y, además, me gusta serlo. En cuanto dejo de ser desvergonzado se me oprime el corazón..., me ataca el asma. Voy por el mundo haciendo comedia. Conozco los mil gestos que hay que dibujar para engañar a una tonta; la sonrisa diluida, la mirada sombría y en el fondo de mí mismo la burla hacia la inconsistencia humana. A veces estudio una pareja de enamorados, y en la expresión de ella me doy cuenta de qué sistema utilizará para avinagrarle la vida al marido, así como en la fisonomía de él descubro los minutos que durará su fidelidad...

SIRVIENTA. — ¿Y cuáles son las mujeres que le gustan a usted?

GALÁN. — Las bien vestidas. No importa que sean feas. Entre una mujer fea bien vestida y una linda modestamente trajeada, me quedo con la fea. La mujer

no es nada más que un vestido..., una piel y un sombrero...

SIRVIENTA. — Me gusta y lo compro a...

GALÁN. — Usted tiene trescientos millones y yo me vendo...

SIRVIENTA. — Perfectamente. Trato hecho. Allí vienen el Capitán y Azucena; anúncieles nuestro compromiso.

ESCENA IV

Por la izquierda aparecen el CAPITÁN, GRISELDA y AZUCENA. Las amigas llevan un traje de crepe satín marfil y esmeralda, ceñido al cuerpo de manera que dibuja una silueta elegante destinada a contrastar con el guardapolvo proletario de la menestrala. El CAPITÁN, las AMIGAS y el GALÁN cambian irónicas miradas de gente de otra sociedad que alterna por compasión con una pelafustana colocada en su "esfera" por un instante. Luego se doblan a las exigencias de la comedia y ya es imposible discernir si ellos son camaradas o enemigos.

CAPITÁN. — ¿Mirando el mar?

AZUCENA y GRISELDA (*a un tiempo*). — Buenas noches...

GALÁN. — Señoritas..., Capitán..., llegan ustedes en un momento muy feliz para mí. Acabo de comprometerme con la señorita Sofía.

CAPITÁN. — La felicito, señorita... Lo felicito, caballero...

AZUCENA. — Te felicito, queridísima... Y a usted, señor, también...

GALÁN. — Gracias...

GRISELDA. — Espero que será éste para vos un...

Suena repetidamente el timbre de servicio, y la SIRVIENTA pasa a su cuarto y hace mutis. La

iluminación del barco decrece y los personajes continúan ahora el diálogo en escena por cuenta.

ESCENA V

GRISELDA. — Esta mujer está loca...
GALÁN (*furiosamente*). — Todas ustedes son unas chifladas...
AZUCENA. — ¿Qué tenemos que ver nosotras con su lío?...
GRISELDA. — No se olvide que somos fantasmas como usted.
CAPITÁN. — Su imaginación: la base es "Rocambole" y su geografía la estudió en la revista "La Esfera".
GRISELDA. — Lo único que ha leído y ha visto.
AZUCENA. — Me dan ganas de no seguir trabajando.
GALÁN (*apaciguado*). — Usted sabe que no se puede.
CAPITÁN. — Y se cree seriamente millonaria.
GRISELDA (*al CAPITÁN*). — ¿Vio usted cómo nos tutea?
AZUCENA (*al GALÁN*). — ¿Y cómo le fue a usted?
GALÁN. — Como al diablo.
CAPITÁN. — ¿Le hizo hacer la comedia?
AZUCENA. — ¿No se desmayó?
GRISELDA. — ¿No se hacía la pudorosa?...
GALÁN. — ¿La vergonzosa?... ¿Ella hacerse la vergonzosa? Están locas ustedes. Casi me da de cachetadas porque yo, siguiendo mi sistema, no quería representar como se le antojó.
CAPITÁN. — Es un oficio bien sucio el nuestro.
AZUCENA. — Me iría, pero tengo los zapatos como encalados al piso.
GALÁN. — Yo estoy descuadrillado... Después de la jorobada me toca la Sirvienta. Voy de mal en peor.
GRISELDA. — Y yo.
CAPITÁN. — Y yo.

GALÁN. — ¡Cuando me acuerdo de mis buenos tiempos!...

GRISELDA. — Debería prohibírseles soñar a los pobres...

AZUCENA. — Verdad. Un pobre soñando imagina los disparates más truculentos.

GALÁN. — Es la falta de cultura.

CAPITÁN. — De un tiempo a esta parte el último lavaplatos se cree con derecho a tener imaginación.

GRISELDA. — La culpa la tiene el cine... créanme.

GALÁN. — ¡Qué tranquilos estábamos antes en nuestro mundo astral!

GRISELDA (*a AZUCENA*). — ¡Qué bien habla el Galán!
(*Al GALÁN.*) ¿Sabe que me enamora usted?...

GALÁN. — Lástima... pues no soy nada más que un poco de humo y éter.

CAPITÁN. — Hemos perdido nuestra fuerza antigua; cualquiera nos esclaviza.

GALÁN. — Y esta mujer tiene una endiablada fuerza de obsesión.

GRISELDA. — No es cierto.

CAPITÁN. — Es como un imán.

GALÁN. — Yo siento que me sacude el ir y venir de su pensamiento.

AZUCENA. — Lo que yo me pregunto desde hoy es en qué va a terminar esto.

GALÁN. — Somos como los actores de una obra de teatro.

CAPITÁN. — La autora es ella...

GRISELDA. — Con la diferencia de que sólo ella nos ve.

AZUCENA. — De cualquier manera, tengo unas ganas bárbaras de irme.

CAPITÁN. — Sí..., uno se harta de fantochadas.

GALÁN. — Las ligaduras que me ataban se aflojan...

GRISELDA. — Efectivamente.

CAPITÁN. — Ella está con el pensamiento en otra parte.

Nuevamente la luz decrece en escena, hasta

nublarse el paisaje en la incertidumbre de la noche.

GALÁN. — Levantemos el vuelo. (*Vanse. La escena queda desierta durante algunos minutos. En ese silencio se oye ejecutado a la distancia en el piano, "Asturias", de Albéniz. Todo se oscurece totalmente y como en el cuadro anterior, se repiten los pasos de la criada, que camina en su cuchitril.*)

CUADRO TERCERO

ESCENA I

Al encenderse la luz la escena aparece desierta. En la extensión del muro anteriormente ocupada por el puente de la nave se abre ahora un ventanal inmenso con vitraux de colores emplomados y una hoja entreabierta que deja ver hileras de olivos y cordones de montes. La primera persona que aparece en escena es una NIÑERA, de cofia blanca, y una criatura de meses en los brazos. Tras ella, por la puerta lateral, entra el GALÁN, del brazo de la SIRVIENTA.

GALÁN. — Bueno, hasta luego, querida.

SIRVIENTA. — No vengas tarde.

GALÁN. — Daré una vuelta por la montaña.

SIRVIENTA. — No tardes, porque al anochecer, no sé por qué, me pongo inquieta.

GALÁN. — Quédate tranquila. (*Se inclina sobre la criatura que sostiene la NIÑERA y la besa, diciéndole:*)
Dígale adiós a su papito. (*Sale saludando con la mano.*)

SIRVIENTA. — Hasta luego, querido. (*A la NIÑERA.*) ¿Está bueno el tiempo?

NIÑERA. — Templado, señora.

SIRVIENTA. — Vaya hasta el jardín. Tenga cuidado con la nena.

NIÑERA. — Sí, señora.

SIRVIENTA. — Póngase a la sombra, pero donde no haya humedad ni viento.

NIÑERA. — Sí, señora.

SIRVIENTA. — Si se duerme tráigala en seguida.

NIÑERA. — Sí, señora.

SIRVIENTA. — Póngala en el cochecito.

NIÑERA. — ¿Nada más, señora?

SIRVIENTA. — Vuelva dentro de media hora.

NIÑERA. — Hasta luego, señora.

SIRVIENTA. — Hasta luego (*Mutis de la NIÑERA.*)

ESCENA II

Entra el LACAYO y anuncia.

LACAYO. — Con su permiso, señora. Las niñas Griselda y Azucena preguntan por usted.

SIRVIENTA. — Que pasen. (*Mutis del LACAYO.*)

ESCENA III

Entran GRISELDA y AZUCENA, corren al encuentro de la SIRVIENTA, y la abrazan por turno.

GRISELDA. — ¡Tanto tiempo sin verte!

AZUCENA. — ¡Qué linda estás!

SIRVIENTA. — Ustedes sí que están bien...

GRISELDA. — Estás más gruesa... ¡Qué buen color!

AZUCENA. — ¿Y la nena?... Quiero ver a la nena.

SIRVIENTA. — Está en el jardín... Ahora la hago traer.

GRISELDA. — ¿Cómo es?... ¿A quién se parece?

AZUCENA. — Un momento, cállate, a ver si adiviné yo.

¿Es rubia?

SIRVIENTA. — No, tiene el cabello negro.

GRISELDA. — ¿Viste cómo acerté yo?

SIRVIENTA. — La nariz es del padre... En cambio, la frente y la boquita, iguales a las mías.

AZUCENA. — ¡Qué monada debe de ser! Me muero por verla.

GRISELDA. — ¿Y Adolfo?

SIRVIENTA. — Salió hace un momentito.

AZUCENA. — ¿Y qué tal es la vida de casada, che?

GRISELDA. — ¿Sos feliz?...

SIRVIENTA. — Sí... dentro de lo relativo.

AZUCENA. — ¡Qué fría lo decís!

SIRVIENTA. — Te soy sincera, no vale la pena casarse.

GRISELDA. — ¿Adolfo no se porta bien?

SIRVIENTA. — No es eso... Además, no sé por qué me parece que de un tiempo a esta parte Adolfo anda preocupado.

ESCENA IV

Alboroto exterior compuesto de gritos femeninos, de preguntas y roncas voces detrás del telón. La SIRVIENTA se pone instantáneamente de pie y sus amigas la imitan.

SIRVIENTA. — ¿Qué pasa?

LACAYO (entra desafortadamente). — ¡Señora, la nena!...

NIÑERA (se presenta manchada de sangre). — ¡Me robaron a la nena, me robaron a la nena!...

SIRVIENTA (avanza fríamente, tomándose las sienes con las manos). — ¿Qué dice esta mujer?

ESCENA V

Dando grandes zancadas aparece el GALÁN, el busto doblado, las manos tomándose el corazón.

GALÁN. — Me han muerto..., la gitana..., mi hija..., Dios. (Se desploma en los brazos de la SIRVIENTA.)

SIRVIENTA. — Me vuelvo loca.

GALÁN. — Es la venganza de la gitana. ¡Qué busquen a mi hija! (Cae por tierra.)

SIRVIENTA (volviendo el busto, con los brazos al aire). — Esto es un sueño.

ESCENA VI

Sonambúlico y fanteche aparece ROCAMBOLE en el umbral del cuarto, extendiendo el brazo melodramáticamente.

ROCAMBOLE. — ¡Juro que encontraré a su hija, señora!

La SIRVIENTA cae de rodillas junto al GALÁN. GRISELDA y AZUCENA se aprietan una junto a otra. Suena el timbre de servicio tan furiosamente, que la SIRVIENTA de un salto se precipita a su cuarto. Mutis de ROCAMBOLE y la SIRVIENTA.

ESCENA VII

GALÁN (incorporándose del suelo, donde hacía la farsa del cadáver). — Juro por mi honor que esta mujer está más loca que una cabra.

GRISELDA. — No se anda con chiquitas. Su drama necesita una docena de cadáveres, por lo menos.

AZUCENA. — Así es la imaginación plebeya.

GALÁN. — ¡Al diablo con el oficio de personaje!

NIÑERA. — Gracias a Dios, no tengo nada más que hacer aquí.

GRISELDA. — ¿De modo que usted se va?

GALÁN. — Afortunadamente.

AZUCENA. — Tiene suerte.

GRISELDA. — ¿No quiere que lo acompañe?

GALÁN. — No quiero líos, tramoyas ni complicaciones; bastante me amargan la vida las corcovadas y las dementes, para entramparme con fantasmas.

NIÑERA. — ¡Como si usted no lo fuera!

GALÁN. — No discuto eso..., pero me voy. *(Sale el GALÁN y detrás, encorvados y graves, uno tras otro, los fantasmas del drama. Lentamente se apaga la iluminación brujesca del decorado. En la desolación gris del rectángulo de los sueños aparece, alcahueta y cojeando, la MUERTE. Espía por un resquicio el cuarto de la SIRVIENTA.)*

MUERTE. — Todavía no está a punto la palomita fantástica. Todo esto le pasa por no comer jamón del diablo.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Ahora el cuarto de la SIRVIENTA es prolongado en la zona del ensueño por una carbonería de arrabal. A los costados del foro, pilas de carbón, que dejan un pasillo estrecho. Allí se ocultan rápidamente ROCAMBOLE y la SIRVIENTA. No terminan de esconderse tras la pila cuando avanza hacia la escena una chiquilla de catorce años en alpargatas. Largo vestido rojo, y el cabello suelto sobre la espalda, como reproducen a Genoveva de Brabante ciertas tricromías que ilustran los salones de barberos y betuneros. La niña arrastra una pala de carbón con una mano y en la otra lleva una bolsa. Comienza a llenar la bolsa, luego se detiene y se arrodilla en medio de la escena.

Personajes reales: SIRVIENTA, PATRONA.

Personajes de humo: CENICIENTA, COMPADRE VULCANO, RUFÍAN HONRADO, ROCAMBOLE.

ESCENA I

CENICIENTA. — Dios mío, ¿por qué no me diste una madre buena como a las otras chicas? ¿Por qué estoy sola en este mundo, Señor de los Cielos, si yo nunca he hecho ningún mal? *(Tras la pila visible para el público, en esta escena, la SIRVIENTA trata de precipitarse hacia la niña, pero ROCAMBOLE la contiene con un gesto y luego saca de su bolsillo un revólver. La SIRVIENTA se sosiega. La CENICIENTA, incorporán-*

dose.) ¡Dios mío, si vos existís hacé que encuentren a mi mamita! (Cuando la CENICIENTA pronuncia estas palabras penetra en el antro, por el pasillo, un hombre gigantesco, con el rostro manchado de carbón, gorra de visera de hule y blusa proletaria. El gandul, llamado COMPADRE VULCANO, escucha la imploración de la CENICIENTA, avanza hasta ella en puntas de pies, la toma de una oreja y exclama.)

VULCANO. — ¡Así correspondés a mis sacrificios: invocando a Dios para que perjudique mi comercio!

Dicho esto, el COMPADRE VULCANO suelta de la oreja a la niña y con las manos en jarras se queda contemplándola.

CENICIENTA. — Rezaba, tío...

VULCANO. — En mi carbonería está prohibido rezar. ¿Qué necesidad tenés de rezar? ¿No estás bien acaso: gorda y lustrosa como una liebre?

CENICIENTA. — Tío..., perdoneme...

VULCANO. — No soy tu tío. No quiero serlo. Además no lo soy. Jurídicamente no puedo ser tu tío. Que lo sea Satanás. Sí, Satanás. ¡Y correspondés a mis sacrificios invocando la ayuda de Dios en mi propia carbonería para que me perjudique, porque la clientela no quiere saber nada con Dios!

El truhán se pasea de un lado a otro del "establecimiento", mientras la CENICIENTA, consternada, meneaba la cabeza. VULCANO se enjuga la frente con un pañuelo de cuadros, y luego continúa con su tono de bufón consternado.

VULCANO. — No sé por qué me parece que he visto a Rocambole en los alrededores de esta casa. ¡Maldito sea el bandolero! (Dirigiéndose a la chica.) ¿Negarás que soy bondadoso con vos? ¡No! ¿Podés negar que tengo el corazón de pasta flora? ¡No! Cuando te trajeron fue para que te cortara la lengua y te quemara los ojos con vitriolo.

Tras la bolsa de carbón la SIRVIENTA se toma

la cabeza, en compañía de ROCAMBOLE, que aventura un gesto de fantoche justiciero.

VULCANO. — Si yo me hubiera portado honradamente con la gitana que te hizo robar, no podrías ahora invocar la ayuda de Dios para que me perjudicara. (La CENICIENTA se estremece y junta los brazos, encogidos por el codo, al cuerpo.) Ya ves si soy bondadoso. No te corté la lengua. ¿Quién me lo impedía? En la Taberna de la Sangre le corté la lengua a una chica. Que lo diga el maldito Rocambole si no se la corté. Ya ves. Pero escuchando los pedidos de mi tierno corazón no te corté la lengua.

El bandido se pasea de un lado a otro y luego continúa enfático y magnánimo.

VULCANO. — Es que soy un sentimental. No puedo negarlo. Mi santa madre me lo decía: No irás a ninguna parte, Vulcanito, con tu tierno corazón. Sos demasiado virtuoso. Tenía razón la pobre. Soy un sentimental. Perjudicando mis intereses te visto y te alimento. Y ¿cómo me lo agradecés? ¿Se puede saber? Invocando la ayuda de Dios para que me perjudique. ¿No sabés que está prohibido invocar el nombre de Dios en vano? ¿No leíste los libros santos? No invocarás el nombre de Dios en vano. Y vos obstinadamente con tu mala conducta llamando la cólera de Dios sobre mi establecimiento comercial, y la indignación de mis clientes. Tenías que llenar diez bolsas de carbón... ¿y dónde están?...

CENICIENTA. — Llené cuatro..., tío.

VULCANO. — Y yo sacrificándome. ¿Para esto te engordo con alimentos nutritivos? Y mientras yo exploro las calles de esta ciudad, porque es necesario que un honrado ciudadano observe la vida de sus prójimos para saber cómo robarles..., holgazaneás en mi carbonería igual que la hija de un general y te divertís como si tuvieras que heredar a un banquero.

CENICIENTA. — Tío..., ¿divertirme yo?...

VULCANO. — ¿Cómo?... ¿No es un divertimento llenar bolsas de carbón? ¡Oh, ingratitud humana! ¿Y con qué me pagarás entonces el vestido que llevas puesto? ¿Y esas hermosas zapatillas? ¿Qué sería de vos si hubieras naufragado en una isla desierta? ¿Con qué te alimentarías? ¿Qué querés vos, que traiga la ópera lírica a mi establecimiento? ¿Que contrate el circo Hagembeck? ¿Pretenderás acaso que implore la caridad pública para que con el producto de mis sacrificios te emperifollés como la hija de un espadón? No, no... gracias al diablo, esto termina. Escuchá, vení.

La CENICIENTA se acerca a VULCANO y éste le habla al oído unos momentos. Se oye que golpean las manos afuera, y VULCANO exclama.

VULCANO. — ¡Allí está! ¡Adelante!

ESCENA II

Entra un viejo gordo, grasiento y granujiento, con traje de color canela, bastón-garrote y una chisterita jovial.

VIEJO. — Buenas tardes, señor Vulcano.

VULCANO (a la CENICIENTA). — Querida sobrina, éste es el Rufián Honrado, de quien te hablaba recién.

VIEJO. — ¡Oh!... En cuanto a honrado... nadie como yo... En cuanto a rufián, es mi profesión, porque yo desde chico siempre me atuve a esta máxima: La ociosidad es la madre de todos los vicios.

VULCANO. — ¿Ves, sobrina, cómo coincide conmigo este hombre de bien?

VIEJO (estirando el bastón y tocando a la CENICIENTA con él). — ¿Ésta es la paloma que vas a vender?

VULCANO. — La misma.

VIEJO. — Flaca está.

VULCANO. — En eso se demuestra su buena condición.

No es golosa. Sólo engordan las perezosas. Además las gordas no les gustan tanto a los hombres como las flacas.

VIEJO. — Es un parecer.

CENICIENTA. — ¡Dios mío!

VIEJO. — ¿Qué le pasa a esta cabrita?

VULCANO. — Exclama ¡Dios mío! por la alegría que le causa ir a vuestra casa.

VIEJO. — ¿Es cierto, palomita?

CENICIENTA (tristemente). — Sí, señor.

VIEJO. — Demuestras una excelente educación.

VULCANO. — Son mis sacrificios. El sudor de mi frente...

VIEJO (sardónico). — Se explica que quiera estar ya en mi establecimiento. (Dirigiéndose a la CENICIENTA.) Tengo muchas chicas como tú... eso sí... bien vestidas y mejor alimentadas. Todas están muy contentas.

CENICIENTA. — ¡Qué alegría! ¿Es muy grande su colegio, señor?...

VULCANO. — Grande como un barco. Con varios pisos y muchas luces y hasta música.

VIEJO. — Yo soy para mis muchachas como un padre. A ver, niña... (El VIEJO estira el garrote.) Vuélvete... (La CENICIENTA gira sobre sí misma y el VIEJO poniéndose la palma de la mano a modo de visera sobre los ojos examina atentamente.)

VULCANO. — No le quitarás méritos a la mercadería, viejo tramposo.

VIEJO. — Es flaca. Tiene un hombro más alto que el otro. (A la CENICIENTA.) ¿Tú sabes hablar en francés?

CENICIENTA. — No, señor.

VIEJO. — ¿Bailas danzas clásicas?

CENICIENTA. — No, señor.

VIEJO. — ¿Tienes novio?

CENICIENTA. — No, señor.

VIEJO. — Malo... malo... ¿Qué es lo que sabes hacer para atraer a los hombres?

ESCENA III

*Tras la pila de carbón salta la SIRVIENTA esgrimien-
do un revólver y tras ella ROCAMBOLE con otro pistolón.*

SIRVIENTA. — ¡Cállese, monstruo!... ¡Viejo maldito!

VULCANO. — ¿Y esta vieja de dónde sale?

VIEJO. — ¿Y este señor con un revólver? (A VULCANO)
Me has tendido una trampa...

ROCAMBOLE. — Buenas tardes, caballeros.

VULCANO (enfático). — Me quejaré a la policía. ¿Quién
es usted? Ha violado mi domicilio.

ROCAMBOLE. — ¡Buenas tardes he dicho!

VIEJO. — Con su revólver interrumpe nuestros trata-
mientos comerciales.

SIRVIENTA. — ¡Cállese, bandido!

VIEJO. — Yo no puedo tolerar que una vieja cabra me
trate de bandido.

SIRVIENTA. — ¡Y de rufián espantoso!

VIEJO. — Yo no puedo tolerar esto. Soy un comer-
ciante. Ejercicio una profesión lícita. Pago patente.

Soy útil a la sociedad. Estoy al día con mi matrícula.
(El VIEJO patea el piso indignado.) ¿Por qué viene a
interrumpir nuestras transacciones comerciales?

ROCAMBOLE. — He dicho buenas tardes y nadie me ha
contestado.

VULCANO. — ¿Qué me importa a mí que usted me dese-
e buenas tardes?

VIEJO. — ¿Quién diablos es usted para que nosotros lo
honremos con nuestro saludo?

SIRVIENTA (a la CENICIENTA). — Ven aquí, pobre cri-
atura.

CENICIENTA. — Sí, señora... Usted tiene cara de buena.
(Se pone al lado de la SIRVIENTA.)

VULCANO (a ROCAMBOLE). — Usted está violando las
leyes... Me amenaza a mano armada...

ROCAMBOLE. — Soy el ex-presidiario. ¡Soy Rocambole!

VIEJO. — ¡Rocambole!...

VULCANO. — ¡Muerto soy!...

VIEJO. — Pero ¿usted no se había muerto?

ROCAMBOLE. — Allí donde hay una huérfana que prote-
ger de malvados, o una viuda, de abogados, allí
estará Rocambole.

VIEJO (quitándose el sombrero). — Si usted es Rocam-
bole... y debe de serlo... prudentemente retiro todo
lo que he dicho. Sí, señor, retiro lo que he dicho.
A usted, señora, la he llamado vieja cabra. Desde
hoy deja de ser una vieja cabra para convertirse en
una dignísima dama.

SIRVIENTA. — ¡Cállese, monstruo!

VIEJO. — Los débiles y los viejos estamos obligados a
ser bufones para que no nos echen a puntapiés de
los rincones donde nos metemos. Además la tormen-
ta es con el señor Vulcano, si no me equivoco.

CENICIENTA. — Señora, este viejito quería llevarme a
un colegio.

VIEJO. — Digan si no da gusto tanta inocencia. Lo que
yo quiero es dejar constancia de que no he atentado
contra su pudor. Como la encontré, queda.

CENICIENTA. — ¿Qué tiene de malo que quisiera llevar-
me al colegio?

VULCANO (patético). — ¿Ven qué educación más esme-
rada ha recibido? No tiene tanto así de malicia. Son
mis sacrificios... el sudor de mi frente.

VIEJO. — Con perdón de ustedes me escurro... No
quiero sacarle las castañas del fuego a un mal hom-
bre como éste. (Señala a VULCANO.) Señor Rocam-
bole, dignísima dama... siempre a sus órdenes. (Se
retira caminando para atrás con el sombrero en la
mano y al llegar al final del pasillo exclama:) ¡Pue-
den despellejarlo tranquilamente, que yo no diré pa-
labra! Quien mal anda mal acaba.

ESCENA IV

ROCAMBOLE, la SIRVIENTA, COMPADRE VULCANO y CENICIENTA.

ROCAMBOLE. — Bueno... , ahora que estamos solos vamos a conversar, amigo Vulcano. ¿Dónde está tu legítima esposa?

VULCANO. — En la cárcel.

ROCAMBOLE. — ¿Tus hijos?

VULCANO. — En presidio.

ROCAMBOLE. — ¿De manera que toda la familia vive tranquilo y solitario que un canónigo. Los parientes no te molestan.

VULCANO. — Ni la policía tampoco. Me he regenerado vivo, y os juro, señor Rocambole, que no hay satisfacción más grande que vivir honradamente. (Volviéndose a la SIRVIENTA.) ¿Así que usted es la esposa de este digno caballero? ¿Qué orgullo debe de ensanchar su corazón de matrona virtuosa al tener por marido a tan grande hombre!

SIRVIENTA. — ¡Cállese! (VULCANO intenta dar un paso más adelante.)

ROCAMBOLE. — Queridito... , como te muevas otra vez te limpio el corazón de porquerías. (VULCANO retrocede.) Hablemos seriamente. ¿De dónde sacaste esta chiquita?

VULCANO. — Me la dio a cuidar una mujer cuando era una tierna criatura.

ROCAMBOLE. — Habla lisa y llanamente. ¿Quién era esa mujer?

VULCANO. — La madre.

ROCAMBOLE. — Estás mintiendo, Vulcano.

VULCANO. — El padre murió en presidio.

ROCAMBOLE. — Compadre Vulcano, hay que mostrar el juego o terminaremos mal.

VULCANO. — Vino la madre y me dijo: "Te entrego esta perlita de mis ojos".

ROCAMBOLE. — Me estoy aburriendo. ¿De modo que la chiquilla te la dio la madre?

VULCANO. — Lo juro bajo mi honrada palabra.

ROCAMBOLE (a la SIRVIENTA). — Descúbrale la espalda, señora.

La SIRVIENTA le rasga el vestido y mirando a la criatura exclama:

SIRVIENTA. — ¡Aquí tiene la crucecita que le hizo la partera al nacer! ¡Hija mía!

CENICIENTA. — ¡Madre mía, qué alegría!

SIRVIENTA. — Hija mía... , tantos años... , queridita.

CENICIENTA. — Yo sabía que tenía que llegar este día.

La criatura y la SIRVIENTA se abrazan repetidamente y se establecen unos segundos de silencio.

VULCANO. — ¡Qué grupo más emocionante! (Siempre en comediante.) Dan ganas de llorar. (Avanza un paso, pero ROCAMBOLE interpone rápidamente el revólver.)

ROCAMBOLE. — ¡Quieto, bandido!

VULCANO. — Estoy emocionado. No en vano decía yo siempre que esta criatura era de noble linaje.

ROCAMBOLE. — Pichón, tenés que cantar... , hay que cantar, querido...

VULCANO. — ¿Y si no canto?

ROCAMBOLE. — Sabés que me cuesta mucho menos trabajo enfriarte que decirlo.

VULCANO. — Bueno, patrón, cantaré como un canario. Estaba mal. Me ofrecieron la tenencia de la nena. El que le dio la puñalada fue Lagarto. El que robó la nena fue Monseñor...

ROCAMBOLE. — Tú estabas allí. Monseñor en ese tiempo estaba preso.

VULCANO. — ¿Qué diría mi santa madre... ?

ROCAMBOLE. — Deja tranquila a esa vieja maldita.

VULCANO. — Lagarto fue el que le dio la puñalada al

padre. Yo robé a la nena. Por los Santos Evangelios, patrón, que yo únicamente robé a la nena. La gitana no cumplió lo estipulado.

ROCAMBOLE. — Y sólo recibiste cincuenta mil francos en vez de los cien mil tratados...

VULCANO. — ¿Cómo sabe eso, patrón?

ROCAMBOLE. — Queridito: yo no estoy aquí para constatar sino para preguntarte... Y si no le arrancas la lengua a la criatura ni la dejaste ciega fue por la esperanza de sacar más provecho...

VULCANO. — Esas son mentiras del Lagarto. Si yo no hice daño a la criatura fue debido a mi tierno corazón. Que lo diga la chiquilla. (*Dirigiéndose a la CENICIENTA.*) ¿No es cierto que te cuidaba como a la hija de un coronel? ¿No es cierto que he querido darte una educación esmerada? ¿No es cierto que daba alimentos nutritivos abundantes en vitaminas?

CENICIENTA. — Pero muchas veces me pegaba...

VULCANO. — Como un padre. ¿Qué padre no le da una paliza de vez en cuando a sus hijos?

CENICIENTA. — Me pegaba con alambres cuando se enojaba...

SIRVIENTA. — ¡Monstruo!... ¡Hijita querida!... ¡Pobrecita chiquita mía!...

VULCANO. — ¡Oh! ¡Oh! Se me desgarró el corazón. No yo no le he pegado... con alambres, no.

ROCAMBOLE. — ¿Así que te pegaba con alambres?

CENICIENTA. — Pero decía que era por mi bien.

SIRVIENTA. — ¡Monstruo!... ¡Monstruo! ¿No le da vergüenza?...

ROCAMBOLE. — Hay que arreglar cuentas. Compadezcámonos. Vulcano. Mataste al padre. Robaste a la hija. Destruiste la vida de una dama dignísima. Tenés que arrodillarte, Vulcano.

VULCANO. — Yo no quiero morir.

ROCAMBOLE. — Si tu gusto es morir parado, no tenés inconveniente. (*VULCANO se arrodilla. ROCAMBOLE*

con voz tonante.) Le cortaste la lengua a la mudita de la Taberna de la Sangre, Vulcano. Asesinaste a tus semejantes.

VULCANO. — ¡Perdón!

ROCAMBOLE. — Que te perdone la esposa cuyo marido mataste.

SIRVIENTA. — Yo no puedo perdonarlo.

VULCANO. — ¡Perdón!

ROCAMBOLE. — Que te perdone la madre cuya hija robaste.

SIRVIENTA. — No puedo... Rezaré por él...

VULCANO. — Yo no quiero que recen sobre mi tumba. Yo quiero vivir, comer.

ROCAMBOLE. — Que te perdone la sociedad a la que ofendiste con tus graves crímenes. Tenés un minuto para rezar y encomendar tu alma a Dios.

CENICIENTA. — Yo lo perdono, señor Rocambole. (*VULCANO se arrastra y le besa los pies.*)

ROCAMBOLE. — ¿Lo perdonas de todo corazón, niña?

CENICIENTA. — Sí, señor Rocambole. Le perdono todo porque no me cortó la lengua ni me dejó ciega.

ROCAMBOLE. — Miserable, la súplica de este ángel salva tu inmunda piel. (*La SIRVIENTA y la niña retroceden. ROCAMBOLE saca rápidamente un frasco del bolsillo y dice:*) Pero como no puedes quedar sin castigo... Le arroja el contenido del frasco a los ojos; VULCANO lanza un terrible grito y se levanta moviendo los brazos al mismo tiempo que aúlla.

VULCANO. — ¡Estoy ciego...!, estoy ciego! ¡Oh!

ROCAMBOLE. — Es un castigo misericordioso el que te hemos dado. (*Suena largamente el timbre de servicio, que por unos instantes ninguno de los personajes escucha. De pronto la SIRVIENTA oye el llamado y retrocede desfavorida de la zona del sueño al espacio de su cuarto.*)

ESCENA V

Súbitamente en la puerta del cuartito asoma la PATRONA de la casa, mira a la SIRVIENTA y le dice:

PATRONA. — Oiga... ¿se puede saber lo que le pasa que no viene cuando la llaman? Hace media hora que está sonando el timbre.

SIRVIENTA. — Disculpe, señora... *(Salen ambas. Los personajes de humo quedan un instante en la posición estatuaria en que los inmovilizó la voz de la PATRONA al entrar en el cuarto de la criada. La luz verdosa que inunda la escena disminuye lentamente.*

TELÓN

ACTO TERCERO

La pieza de la SIRVIENTA es ahora prolongada por un salón tapizado como aquellos que aparecen en las ceremonias de los personajes de cualquier parte. Pórticos dorados y cortinas rojas dan la impresión de una opulencia extraordinaria. Moblaje, espejos y sofás. Una claridad triste flota en este último cuadro del sueño.

Personajes reales: SIRVIENTA, HIJO DE LA PATRONA.

Personajes de humo: AZUCENA y GRISELDA, totalmente envejecidas y ataviadas con trajes negros, LACAYO con patillas, CENICIENTA, GALANCITO, ROCAMBOLE.

ESCENA I

LACAYO gordo, con librea verde y patillas blancas, entra con bandeja de licor, sirve y se va.

VIEJA 1ª — ¡Cómo pasan los años!

VIEJA 2ª — Y ésta es la vida.

SIRVIENTA. — Sufrir.

VIEJA 1ª — ¿Para qué la vida?

VIEJA 2ª — Todo es desengaños.

SIRVIENTA. — Monotonía.

VIEJA 1ª — Tristezas.

VIEJA 2ª — Querer.

VIEJA 1ª — Dejar.

SIRVIENTA. — Empezar...

VIEJA 1ª — ¿Para qué hemos vivido?

VIEJA 2ª — Cuando me acuerdo...

SIRVIENTA. — No hables.

VIEJA 1ª — Sí, es mejor no hablar.

VIEJA 2ª — No conviene nombrar ciertas dulzuras.

SIRVIENTA. — ¿Por qué hablo yo como ustedes?

VIEJA 1ª — ¿Qué dice?

SIRVIENTA. — Yo soy joven.

VIEJA 2ª — Está loca.

VIEJA 1ª — Dice que es joven... ¡ja... ja... ja!...

SIRVIENTA. — Yo puedo esperar y vivir. No tengo nada más que veinticuatro años.

VIEJA 1ª — Está loca. Dice que tiene veinticuatro años.

SIRVIENTA. — ¡Oh!, no... es cierto... Yo también soy vieja.

VIEJA 2ª — Era una broma.

VIEJA 1ª — Es claro. Una broma.

SIRVIENTA. — Pero mi cabello es negro.

VIEJA 2ª — ¿Empieza otra vez a desvariar? No tenés el cabello negro.

VIEJA 1ª — Lo tenés blanco como el nuestro.

SIRVIENTA. — Tengo una hija perdida...

VIEJA 2ª — Delira. No sabe lo que dice.

VIEJA 1ª — ¿No te acordás de que la encontró Rocambole a tu hija?...

VIEJA 2ª — En la carbonería del Compadre Vulcano.

VIEJA 1ª — Y ahora es una señorita.

SIRVIENTA. — Sí... No me acordaba.

VIEJA 2ª — Vos estás trascordada.

VIEJA 1ª — Es la vejez.

VIEJA 2ª — Nosotros estamos más fuertes que ella.

VIEJA 1ª — Y más jóvenes.

VIEJA 2ª — Es que sufrió mucho.

Entra el LACAYO, se inclina ante las viejas y dice.

LACAYO. — Ya está el coche, señorita Griselda.

VIEJA 2ª — Vamos, Azucena.

VIEJA 1ª (*inclinándose y besando a la SIRVIENTA, que permanece rígida en su silla.*) Hasta mañana, querida.

VIEJA 2ª (*haciendo lo mismo que la VIEJA 1ª*). — Hasta mañana, querida.

SIRVIENTA. — Hasta mañana.

El LACAYO sale detrás de las viejas; de pronto se vuelve y, con la mano abierta y el dedo en la punta de la nariz le hace "pito catalán" a la SIRVIENTA, que no lo ve. La SIRVIENTA permanece rígida en su silla. Se oyen unas carcajadas lejanas, y de pronto aparece CENICIENTA, la hija de la SIRVIENTA. Es una muchacha que tiene la misma edad que la madre. Viste un traje blanco, capelina blanca, tomada por la cinta bajo el mentón, trae un ramo de flores entre los brazos. Entra corriendo en la sala.

ESCENA II

La SIRVIENTA, sentada, y la CENICIENTA, su hija.

HIJA. — ¿Cómo te va, mamita querida? Te traigo unas flores. (*Le pone las flores en el regazo.*)

SIRVIENTA (*reanimándose lentamente*). — ¿Cómo estás, hijita? ¿De dónde venís?

HIJA. — Estuvimos en el campo, juntando flores.

SIRVIENTA. — Yo creía que en el campo no había nada más que pasto.

HIJA. — ¡Qué bromista sos, mamita! El campo está lleno de flores. Por donde mirás no se ven nada más que flores. Hasta las nubes parecen que están cargadas de flores. Sentate, mamita, que te vas a cansar.

SIRVIENTA. — ¿Y te gustan mucho las flores?

HIJA. — Sí, me gustan las flores. Me gusta todo lo que es lindo. (*Mientras habla se pasea por el cuarto.*) Cuando una ve flores, le parece que el mundo todo debe ser un jardín, que por donde vaya no encontrará

nada más que perfumes, colores, nubes arriba, flores abajo...

SIRVIENTA. — Yo creía que en el campo no había nada más que vacas y caballos.

HIJA. — Mamita, no tenés imaginación. A vos no te gusta soñar. Estoy segura de que vos nunca has soñado que volabas.

SIRVIENTA. — ¿Cómo es eso?

HIJA. — Sí, que volás. De pronto el mundo se hace chiquito para toda tu voluntad y en los talones sentís una fuerza elástica... Parece que si quisieras de un salto podrías llegar a las estrellas.

SIRVIENTA. — Son tus veinte años.

HIJA. — Mamita..., decime..., ¿las otras mujeres son como yo? ¿Sueñan como sueño yo? ¿Sienten como siento yo?

SIRVIENTA. — Algunas, sí.

HIJA. — Mamita, tengo que decirte una cosa. Estoy enamorada.

SIRVIENTA. — ¡Ah!... ¿Sí?...

HIJA. — ¿No te disgusta?

SIRVIENTA. — No..., me encanta...

HIJA (*arrodillándose al lado*). — Te voy a contar, mamá... (*súbita transición*). ¿Es obligatorio que una hija se arrodille al lado de la madre para contarle que está enamorada...?

SIRVIENTA. — No, algunas le hacen esa confesión a la madre mientras la madre recalienta unas milanesas.

HIJA. — Sos muy chistosa, mamá..., mirá que me voy a enojar...

SIRVIENTA. — Bueno, preciosa..., no te enojés...

HIJA. — ¿No es cierto que estoy preciosa?

SIRVIENTA. — Sí, estás muy linda.

HIJA. — ¿Te acordás qué fea era cuando estaba en la carbonería del Compadre Vulcano? Bueno, como te decía, es alto, rubio, buen mozo.

SIRVIENTA. — ¿Joven?...

HIJA. — Pero ¡claro!

SIRVIENTA. — ¿No está casado?

HIJA. — Yo me enojo con vos, mamá. Estoy enojada. No se puede hablar en serio con vos. ¿Por qué no me preguntás cuántos hijos tiene? ¿O si estuvo procesado por criminal?

SIRVIENTA. — Disculpá, mi hijita..., estoy con el pensamiento en otra parte. ¿Así que tu novio es buen mozo? ¿Y te quiere?

HIJA. — No es mi novio, mamá..., o sí..., sí..., novio es... siempre que vos no te opongas.

SIRVIENTA. — ¿Y es por él que ves el campo lleno de flores?...

HIJA. — Y no sólo el campo..., hasta las nubes... (*Acercándose*). ¿Si supieras qué bueno es!...

SIRVIENTA. — Todos los novios son buenos.

HIJA. — Parece que estuvieras envidiosa de que yo tenga novio...

SIRVIENTA (*retrocediendo*). — ¿Qué has dicho?...

HIJA (*abrazándola*). — Perdoname, mamá.

SIRVIENTA (*aparte*). — A veces los autores les tienen envidia a sus personajes. Quisieran destruirlos.

HIJA. — ¿Qué decís, mamá?...

SIRVIENTA. — Quiero que seas feliz..., hijita querida. Yo no te he dicho nada para ofenderte, sino que nosotros los viejos tenemos el corazón lleno de tristeza...

HIJA. — Estás triste, mamá..., ¿de qué?...

SIRVIENTA. — Te casarás..., te irás... y yo me quedaré otra vez sola..., sola otra vez... (*Se aparta de la muchacha y, sentándose sobre una butaca, se pone a llorar*.)

HIJA. — Mamita..., ¿por qué llorás?... Si vos no querés...

SIRVIENTA. — Sí, yo quiero. Quiero que seas feliz, hijita querida, que toda la tierra te parezca siempre llena de flores, que tu esposo te quiera eternamente.

ESCENA III

Entra el LACAYO, de librea verde, con una bandeja en la mano.

LACAYO. — Señora... (Le alcanza la bandeja. La SIRVIENTA toma una tarjeta.)

HIJA. — Mamá..., es el...

SIRVIENTA. — Que pase. (Sale el LACAYO.)

HIJA. — Vas a ver, mamá, qué bueno; de verdad que es...

SIRVIENTA. — Te creo, hijita. (Aparece el LACAYO y abre el portier para que entre el GALANCITO, que será un joven simple. La muchacha corre a su encuentro y lo toma de la mano. La SIRVIENTA se levanta.)

HIJA. — Mamita..., este...

GALANCITO (tropezando en sus propias palabras). — Señora, vengo a decirle que quiero a su hija. (Avanzan los dos hasta ella.) Que nos queremos mucho.

HIJA. — Vos arrodillate, que yo me arrodillo también. (Se arrodillan ambos.) Mamita, te pedimos la bendición.

SIRVIENTA. — Yo, hijos míos, los...

ESCENA IV

En ese mismo instante, en el cristal del ventanuco del cuarto de la SIRVIENTA se hace visible la carátula grotesca del HIJO DE LA PATRONA. Desmelenado y ebrio, grita:

HIJO. — Abrí, Sofía... Abrí, no seas testaruda, Sofía...

Los personajes de humo permanecen inmóviles. La SIRVIENTA mira con un gesto de extrañeza dolorosa al fantoche humano que le pide placer en el instante en que ella bendice en su ensueño.

la felicidad de una hija que no existe, y a medida que la luz disminuye en escena se hace más nítido en el rojo cristal del ventanillo el mascarón del ebrio atenaceado por la reja.

HIJO. — Abrí... Abrí, no te hagás la estrecha...

La SIRVIENTA coge el revólver y apoya el caño en su frente.

HIJO. — No te hagás la loca, Sofía...

Suena el estampido. La SIRVIENTA cae. Bruscamente se amontonan en el cuarto de la SIRVIENTA los fantasmas que actuaban en el salón dorado.

HIJA. — Libres..., por fin estamos libres de esta loca.

GALÁN. — De la Sirvienta Millonaria.

LACAYO. — Ha muerto para nuestra tranquilidad.

VIEJA 1ª — Respiro..., era inaguantable.

GRISELDA y AZUCENA, la CENICIENTA, el GALANCITO y el LACAYO se dan la mano y comienzan a danzar en círculo en torno del montoncito humano, cantando al tiempo que en paso de danza levantan desafortadamente las piernas.

Por fin se ha muerto la loca.

Por fin se ha muerto la loca.

ESCENA V

Enfático y lúgubre, entra ROCAMBOLE con paso tardo. Mira la danza de los personajes de humo, luego una cólera tremenda se apodera de él y, esgrimiendo el látigo, lo descarga sobre las espaldas de los fantasmas. Se desbandan éstos y huyen de la escena. El ex-presidiario se quita las gafas, la galera, coloca el látigo de cochero en el suelo, se arrodilla frente a la SIRVIENTA y la besa en la frente con gesto compungido.

ROCAMBOLE (juntando las manos en el pecho). — Señor,

el empedernido criminal te pide piedad para esta
pobrecita criatura, que tanto ha padecido sobre la
tierra. (*Se levanta, recoge sus utensilios y váse.*)
Hijo (*aún pegado en los vidrios, con voz ronca*). —
Abri, Sofia. Abri..., no hagás chistes.

TELÓN FINAL

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

EL FABRICANTE DE FANTASMAS